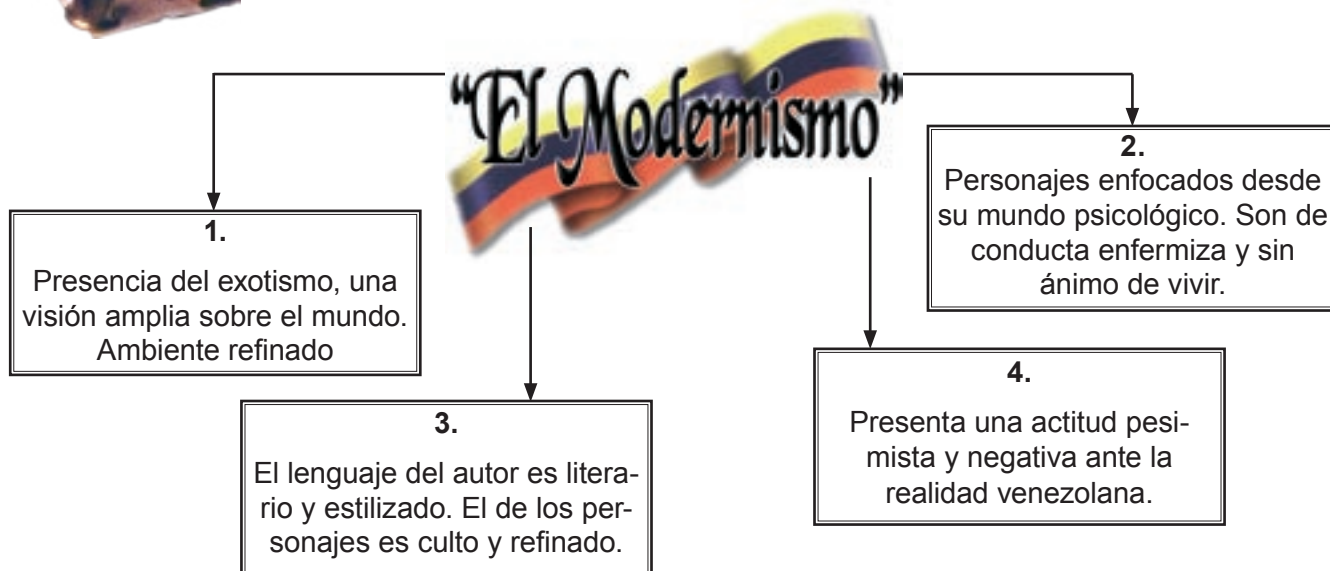




CARACTERÍSTICAS DEL MODERNISMO NARRATIVO EN VENEZUELA



ESTRUCTURA

Posee cuatro partes subinclinadas en 15 capítulos.

LENGUAJE

La obra presenta un lenguaje literario, culto y refinado. Con gran musicalidad y cargado de imágenes sensoriales.

TEMA

Alberto Soria al pretender imponer sus ideales artísticos en una Venezuela decadente durante la dictadura de Cipriano Castro.

PERSONAJES

Alberto Soria
Emazabel
Rosa Amelia Soria
Pedro Soria
Uribe
Sandoval
María Almeida
Teresa Farias y otros.



AMBIENTE

Es totalmente urbano y se distinguen dos ambientes contrapuestos: la ciudad de París y Caracas. Siempre presentado en forma refinada y elegante.

Diferencias y semejanzas de la novela Modernista con la Novela Criollista, tomando como referencia las obras “Ídolos Rotos” y “En este país”.

“ÍDOLOS ROTOS”

- 1.- Trata de un tema venezolano con una visión extranjera.
- 2.- Predomina el exotismo.
- 3.- Los personajes son desarraigados, chocan con el ambiente y prefieren la evasión.
- 4.- El lenguaje es totalmente culto y refinado.
- 5.- Es totalmente negativo y pesimista ante la situación socio-política del país.

“EN ESTE PAÍS”

- 1.- Trata de un tema venezolano con un enfoque nacionalista.
- 2.- Predomina lo autóctono.
- 3.- Los personajes son sencillos y se adaptan a su medio ambiente.
- 4.- Utiliza un lenguaje sencillo, elevando lo popular a un nivel artístico literario.
- 5.- Presenta una actitud optimista ante la realidad política y social de Venezuela.

**ACTIVIDADES**

Lea el capítulo I de la obra “Ídolos Rotos” y responda lo siguiente:

1. Tema que se presenta.
2. Manera de presentar a los personajes.
3. Características del lenguaje.



"ÍDOLOS ROTOS"

Primera parte

Capítulo I

Mil emociones, a cual más intensa, le traían vibrando desde el alba; unas tristes, otras alegres, luchaban todas entre sí, pero sin alcanzar ninguna el predominio. De aquí cierta confusión, cierta perplejidad risueña, estado semejante al del éxtasis, o mejor al estado de alma de quién empieza a despertarse y duerme todavía, cuya conciencia en parte responde a los reclamos de la vida real, en parte se recoge, obstinada y feliz, bajo las últimas caricias de un sueño.

Alberto Soría volvía a la patria después de cinco años de ausencia. Cuando vió la tierra muy cerca, todas las memorias de su niñez y juventud, hasta aquel instante confundidas con muchas cosas exóticas, recobraron su primitiva frescura; y desde la cubierta del buque se dio a reconocer, al través de esas memorias, la costa y los grises peñascos de la playa, las colinas áridas medio sumergidas en el mar, los verdes cocotales y las casas del puerto, agazapadas las unas al pie del monte que sigue la curva costanera, desparramadas las otras por las mismas falda del monte, cuesta arriba. A medida que se acercaba a la tierra y más claramente distinguía los objetos unos de otros, con más vigor el pasado revivía en su alma. Casas, árboles, peñascos y algunos lugares muy conocidos de él evocaban en su espíritu un enjambre de recuerdos. Ya en tierra, después de haber caído en brazos del hermano que le esperaba en el muelle, siguió viendo hombres y cosas a través de los recuerdos, con sus ojos de cinco años atrás, no habituados al llanto, a la sombra, ni al dolor, sino hechos a la sonrisa, a la franca alegría de vivir, a las formas vestidas de belleza y a la belleza vestida de luces. De pronto se halló pensando en los últimos años de su vida como un sueño, cuya vaga y esplendorosa fantasmagoría estaba a punto de apagarse.

Ya el cambio de aspecto de ciertas cosas le recordaba su larga ausencia, ya la intacta fisonomía antigua de otras cosas representábale con tanta viveza el pasado, que le parecía no haber vivido jamás ausente de la tierra.

Así, en esa ambigüedad oscilante de vigilia y de sueño estaba todavía, horas después de haber saltado a tierra, en un vagón del tren que le llevaba a la capital. Sentado contra un ventanillo del vagón, a la derecha, se asomaba de tiempo en tiempo a ver el paisaje, y se complacía en admirar sus pormenores, cuando antes esos mismos pormenores no le llamaban la atención o le causaban hastío de verlos con frecuencia. Si quitaba los ojos del paisaje, los ponía en el hermano sentado junto a él, y entonces los dos hermanos se consideraban mutuamente con una mezcla de curiosidad y ternura. Desde que se abrazaron en el muelle, a cada instante se miraban y sonreían, sin que ninguno de los dos hubiera acertado a decir por qué sonreían. Era tal vez la sorpresa de encontrarse cambiados, al menos por fuera, lo que llamaba a sus labios la sonrisa, pues para entrambos el tiempo había volado, y ninguno de los dos estaba apercebido a encontrar mudanzas en el otro. Para Alberto, en especial, era muy grande la sorpresa. A su partida el hermano, cinco años menor que él, era apenas un adolescente: el cuerpo desmirriado, el rostro sin asomos de barba y de expresión melancólica y mustia. Su madre, enferma cuando lo dio a la vida, murió meses después, y en esta

respiraba la satisfacción de quien está bien hallado con el mundo y empapa el ser, alma y cuerpo, en todas las fuentes de la vida.

Sino con igual sorpresa, Pedro observaba al hermano con mayor curiosidad, como si esperase descubrir en éste algo maravilloso traído de muy lejos. Y los dos hermanos hablaban de muchas cosas, pero sin orden ni coherencia, cayendo de vez en cuando en silencios profundos. La misma abundancia de lo que deseaban decirse, repartiendo al infinito su atención, sellaba sus labios. Además de eso los preocupaba, haciéndoles enmudecer, el temor de rozarse con un punto sensible, sobre el cual ninguno de los dos quería decir nada, esperando cada uno que empezase el otro.

El tren había dejado la costa y subía, simulando amplias ondulaciones de serpiente, por los flancos de la sierra. Lejos, a la derecha, se divisaban los últimos cocales, la playa y su orla de espumas, el mar y el distante horizonte marino, cerrado por espesos cortinajes de nieblas. Enfrente y a la izquierda no se veían sino cumbres, laderas y hondonadas. A una vuelta del camino desaparecieron el mar, la playa y los cocoteros, para minutos más tarde reaparecer, y continuar así, apareciendo y desapareciendo, según el capricho de la ondulosa vía férrea. A medida que el tren se internaba en la serranía, más imponente y monótono era el paisaje. A un lado, la cuesta pedregosa del cerro, al otro lado, el barranco, en ciertos lugares profundísimos; por todas partes rocas negruzcas y tierra árida, color de ocre, de tonos amarillos y rosados, a trechos cubierta de raros manchones de verdura. Algunas quiebras, merced a ocultos hilos de agua, provenientes de la cumbre, lucían una vegetación lozana y rica; pero todas las demás, no humedecidas nunca, o sólo muy de tarde en tarde, por el agua del cielo, criaban maleza ardida del sol, rastrera y pobre.

Por la orilla del barranco se sucedían los cactus de grandes pencas espinosas, en el extremo de algunas de las cuales resaltaba el higo rojo y áspero, semejando viva púrpura cuajada en los labios de una herida, o inmenso rubí oscuro, casi negro. Y a lo lejos, muy cerca de las cimas, de cuando en cuando aparecían, fuertes y nobles habitantes de la altura, los araguaneyes en flor, interrumpiendo con sus regios mantos de estrellas de oro la uniformidad gris de los breñales.

Soria contemplaba el paisaje, recogiendo sus líneas salientes y sus colores más vivos con ojos expertos, habituados a percibir en todas partes y en todas partes recoger los rasgos dispersos e infinitos de la multiforme belleza. Pero su atención la distrajo Pedro, quien primero titubeando, luego en tono resuelto, dijo como siguiendo una conversación interrumpida.

- Pues "el viejo", como ya te he dicho, está malo, muy malo. Los médicos no le conceden tiempo de vida. Según ellos afirman, difícilmente resistirá a un nuevo acceso. El último acceso le dio hace unos quince, y no he visto nada más espantoso. Desde entonces en casa vivimos en perpetua zozobra, temiendo cada día lo que puede traer el día venidero. Afortunadamente, Rosa es toda firmeza y valor, y equivale a muchas enfermeras juntas. Cualquiera otra se habría rendido del cansancio, pues tarea de sobra tiene con su marido y papá.

-¿Su marido?¿Y Uribe también está enfermo?

-Siempre. Ya de esto, ya de aquello, siempre se queja de algo. Y aunque tiene aspecto descalabrado y enfermizo, y vive consultando a los médicos, hasta ahora no sé a punto fijo qué enfermedad es la suya.

Tomado de: Lengua y Literatura. Raúl Peña Hurtado



LA GENERACIÓN MODERNISTA

